

CAMBIO DE IDENTIDAD.

geraldine robles chipana



Capítulo 1

CAMBIO DE IDENTIDAD.

Haber, que yo no soy un mal hijo ni un desnaturalizado, ni mucho menos soy irracional. Pero sostengo y sostendré siempre que la culpa del quilombo en el que estuvimos mi familia y yo fue culpa de mi padre Francisco Castro. Eminente médico, como no podía ser de otra manera, tenía su pernicioso vicio. Era un fumador empedernido. Eso ya no representaba ninguna novedad y antes del 27 de julio de 2211, a 11:53pm, lo habría llevado más temprano que tarde a la tumba. Y mi madre Sandra se encargó de dejárselo bien en claro cuando yo tenía diez años. Esa conversación que mantuvieron a 2:00pm yo la escuché desde la cocina de nuestra pequeña casa en Buenos Aires, Argentina, cuando ellos dos estaban en el patio ella metiendo ropa al lavarropa y él fumando.

-Dejá el vicio, Francisco. Un día de estos te vas a morir y ni vayas a creer que voy a derramar una sola lágrima por vos.

-Sos muy exagerada, Sandy. A nadie le hace mal fumarse uno que otro puchito de vez en cuando.

-Escuchame, Francisco. Si fuera de vez en cuando me callaría la boca y no te diría nada, pero no es de vez en cuando. Con decirte que ya me dijo Hernán que hasta en el trabajo fumás.

Francisco dio un golpe en el suelo con el pie, no sé si para aplastar uno de sus "puchos" o por puro enojado. Me inclino a pensar que fue por las dos cosas, un poco más por la segunda que por la primera, porque luego dijo un tanto molesto.

- ¡Ves como no dejás de vigilarme como policía, carajo! Yo ya no puedo hacer nada porque ahí estás vos, queriendo dominar y controlarlo todo. Sacate el gorro, Sandra y dejá de seguirme los pasos todo el tiempo.

Creo que ella dejó lo que hacía y le encaró, se le puso en frente. Pero eso es lo que creo que hizo. Lo que sí sé es que unas lágrimas se le estaban escapando porque su voz al contestar era un poco entrecortada.

-Mirá, voludo, por mí si vos querés morirte es muy tu problema. Pero te llevás por delante a toda tu familia. Pensá en eso, por eso me preocupo yo tanto por tu salud.

Quiero creer que él la abrazó, que la acercó a él y que trató de secarle las lágrimas. Porque si hay algo que es bien cierto es que Francisco amaba a

mi madre, por sobre todas las cosas la amaba con su vida misma.

-Pará de llorar, amor. Calmate, por favor. Lo voy a dejar por vos y por nuestro pibe, amor. Dejá de calentarte la cabeza más con eso. Ya, el chico no te debe ver así.

Luego me gritó:

-Martín, Tincho, andate a tu cuarto. Si algo te falta por lavar perdé cuidado que ya lo hago yo. Andá a tu cuarto, hijo.

Me fui en total silencio. Una hora después Francisco Castro se fue a ese "misterioso laburo", según palabras de mi madre, que hacía para un hombre muy importante que, ahora según Castro, "estaba forrado de guita". Mas tarde mi padre no vino a comer a casa. Mamá hizo como que no se dio cuenta, pero yo no supe disimular. Ella estaba sentada a mi derecha y yo le pregunté:

- ¿Papá no va a venir a morfar algo, mamá?

Ella me puso una mano tranquilizadora en el hombro.

-Vendrá más tarde, Tincho. Vos estate tranquilo. Yo le tengo guardada la comida para cuando él llegue.

A 10:00pm, luego de lavarme los dientes -como lo hacían los niños buenos según mi madre -me fui a acostar. Francisco no había llegado todavía. ¿Ya mencioné que el día en el que sucedieron todos los hechos ya narrados anteriormente era el 27 de julio de 2211? A la madrugada, las voces de mis padres dirigiéndose a mi cuarto me despertaron. Estaban discutiendo, aunque la más enojada era mi madre.

-Sos un pelotudo, vos y esos otros dos con los que laburabas. Ese tipo los va a matar, nos va a matar a todos. ¡Entendés!

Entonces se abrió la puerta de mi cuarto y mamá prendió la luz. Su rostro estaba más que furioso, preocupado. El de Castro estaba preocupado y su frente totalmente cubierta de sudor. En manos de mi madre había prendas de ropa. Yo ya estaba de pie junto a mi cama un poco asustado.

-Tomá -dijo mi madre tendiéndome la ropa -andá al baño de acá y vestite.

Agarré las prendas y me fui al baño del cuarto. La conversación se reanudó.

-Ya, Sandy. Todo va a salir bien, tranquilizate, por favor. De este quilombo los voy a sacar yo, amor. Gael nos va a ayudar. Ese tipo es un

capo con los papeles truchos.

-Decilo, Francisco. Ese tipo es un garca. Vos como podés estar seguro de que ese hombre no te va a entregar a tu ex jefe por un palo verde. Mirá que por dinero ese mata, Francisco.

-No, Sandy. No. Gael me debe mucho y no lo creo capás de traicionarme. Dentro de todo no es tan mal tipo como aparenta, que yo lo conozco y puedo darte fe de eso.

-Yo te lo dije, Francisco. Te dije que un día de estos ese maldito vicio tuyo te iba a joder la vida, y nos la va a joder a todos ahora.

- ¡Solo salí a fumarme un puchito un instante!

-Acompañado de ese otro par de ineptos amigos tuyos y dejando sin ningún tipo de vigilancia esa cosa que habían desarrollado.

- ¿A vos no te parece que ya me lo e reprochado yo muchas veces como para que me lo sigas reprochando?

En ese momento sonó el teléfono de Francisco.

-Hable

...

-A, hola, Gaelito ¿sos vos?

...

-Bien, hermano. ¿Ya me tenés mi encargo, che? Te dije que era urgente.

...

-Dejate de joder, Gael.

...

-No me pongás a mí esas excusas tontas, que sé perfectamente que tu gente y vos son expertos para hacer esas cosas.

Hubo un largo silencio, tras el que resurgió la voz de Francisco Castro como un trueno furioso.

-Escuchame, hijo de tu mala madre y escuchame muy bien porque no te lo voy a repetir, entendolo. Yo fui el que te echó una mano cuando todos tus supuestos amigos te dieron la espalda y te iban a dejar ir a la cárcel,

pelotudo. Yo fui el que te dio gaita cuando estabas en la ruina sin donde caerte muerto, pedazo de basura. Así que ni se te ocurra traicionarme, porque vuelvo de la tumba o de donde quiera que acabe y acabo contigo, imbécil.

Más silencio. Luego:

-Está bien entonces, pues. Ahí nos vemos.

Cuando salí, ya totalmente vestido, Francisco sacaba una maleta de mi cuarto. Mamá me miró a los ojos cuando estuvimos solos y dijo:

-Hijo, ha pasado algo grave y tenemos que irnos. Puede ser que hasta tengamos que cambiar de nombre, de identidad. Pero vos estate tranquilo que tu padre y yo no vamos a dejar que te pase nada. Pero no hagas preguntas, por favor. Prometeme que no harás preguntas, te lo pido.

-Te lo prometo, mamá.

Ella me sonrió y tomó mi mano. Así salimos del cuarto. Minutos después estábamos en el auto de Francisco. Él manejaba un tanto rápido, seguro que para llegar cuanto antes. Entonces volvió a sonar el teléfono.

-Contestá, por favor Sandy y ponelo en altavoz.

Ella lo hizo y se escuchó una voz ronca. Luego me daría cuenta de que el tipo no tenía acento alguno.

-Buenas.

- ¿Quién habla?

-Sabes quien soy, cabrón. El que va a matarte a ti, a tu mujer y a tu hijito.

-Mire, Rabel, lo que pasó fue un accidente. Nosotros nos descuidamos, sí, pero fue un accidente. Asumo yo la principal responsabilidad de todo, Rabel.

-Accidente ija! Y una mierda con tu pretexto de accidente. Tus amigos, esos dos idiotas que ni hacer un buen trabajo sabían, están en el otro barrio.

Francisco estuvo a punto de perder el control por la sorpresa y mi madre se llevó una mano a la boca. Yo permanecí un tanto indiferente.

- ¿Qué quiere decir?

-Que pasaron a mejor vida, la palmaron, están en un mejor sitio, murieron, los maté, los asesiné... ¿entiendes, Panchito?

Francisco no respondió.

-Y a ti y tu linda familia les va a pasar lo mismo si no desaparecen de la faz del planeta y de todos los otros actualmente habitables, capullo.

El auto frenó bruscamente y se detuvo derrapando un poco. Francisco habló, totalmente fuera de sí.

-Escuche, grandísimo hijo de puta. Yo ya le dije a usted, necio, que todo fue un accidente. Pero ahora me alegro de lo que pasó, porque usted no podrá enriquecerse con el inhibidor de la mortalidad. Le jodí el negocio, yo y mis amigos le jodimos sus planes. Y a mi familia no se le ocurra tocarla ni nada por el estilo, desgraciado. No, porque yo vuelvo de donde quiera que termine y lo mato como a un perro.

-Ahora entérate de esto que te diré, Francisco: evapórate, esfúmate, hazte humo con tu familia. Y que no los encuentre. Sé que estás manejando, lo escucho. Y te has detenido. Grave error, soquete. Si estás con tu mujer e hijo bien por ellos. Si no, dalos por perdidos y ándate a una carretera, sal pitando como puedas. Y ruega, ruega que Danilo Rabel no te encuentre nunca, lárgate cagando leches porque te encuentro y, aunque ahora todos seamos inmortales gracias a tu lamentable accidente, te mueres.

Luego cortaron y el auto se puso en marcha. Minutos u horas, no lo sé con exactitud después, llegamos a un oscuro descampado que Francisco iluminó con las luces del auto dejando a la vista a una figura encapuchada junto a un avión que parecía no ser muy nuevo. Bajaron primero mis padres y luego mamá me sacó del vehículo. Francisco miró a la figura.

- ¿Gael?

-Quién más podría ser, viejo.

- ¿Tienes los documentos?

-Dentro del avión, viejo. También están ahí las llaves. Ya sabes, esto no es un reactor sino un avión privado.

-Ya, Gael.

-Sé que podrás manejarlo bien, aunque no sea tu tipo de transporte aéreo

preferido, Pancho.

-Cállate, que ya tenemos que irnos.

-Como comprobarás la puerta del pajarito está abierta, amigo.

Mamá intervino.

-Gracias, garca.

El tipo soltó una carcajada carente de alegría.

-Usted siempre tan amable, futura señora Torralva.

- ¿Nuestro nuevo apellido es Torralva? -pregunté yo, participando por primera vez en la plática. Mis padres parecieron tensarse un poco, pero la voz de Gael al responderme fue amable.

-Sí, pibe. El nuevo nombre de tu padre es Felipe Torralva, el de tu madre es Alexandra Calderón de Torralva y el tuyo, che, es el mejor de todos. Llevarás el nombre de un tipo que fue muy importante en la antigüedad. Galileo, Galileo Torralva.

Luego todos subimos al avión. No puedo afirmararlo, pero ese tal Gael creo que me sonrió. Sí, solo a mí. Durante el vuelo descubrí algunas cosas. Descubrí que Francisco era un piloto experto, que sabía esquivar magistralmente los controles de vuelo y que, gracias a un descuido suyo y de otros colegas ahora todos seríamos inmortales y por eso un tipo poderoso nos perseguía a nosotros, los Castro y ahora Torralva, para matarnos. Pero también me di cuenta de otra cosa: esa amabilidad de Gael no era más que una forma de sacar pica, porque con mi nombre estaba haciendo pagar a mi padre todo lo que le había dicho. Yo, el hijo, pagaría por toda la eternidad -ahora ya no puedo decir hasta el día de mi muerte -por el exaltamiento de mi padre. Galileo Torralva, nada más y nada menos ¡qué tal nombre!